



RICARDO ROMERO
Lo breve,
lo leve
y lo extraño

Página 3



CONTRATAPA
Esteban Prado:
*Ana, la niña
austral*

Página 4

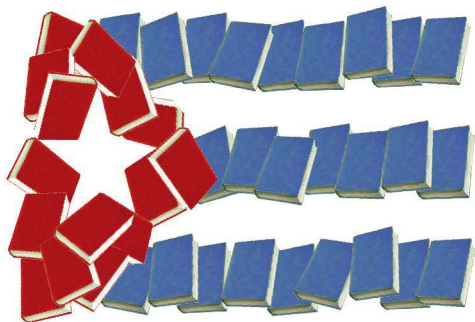

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 4 | NÚMERO 204 | JUEVES 29 DE OCTUBRE DE 2015



Letras cubanas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA ADOLESCENCIA COMO EL MOMENTO DE MAYOR LUCIDEZ LECTORA

La adolescencia es "el momento en el cual somos el mejor lector que podamos ser en nuestra vida", dice Pablo Ramos, autor de *El sueño de los murciélagos*, novela recientemente reeditada y circunscrita al género juvenil, con con este regreso supera etiquetas libreras y alcanza batallas para lectores jóvenes y adultos. En el libro publicado por Alfaguara, Ramos recupera valores de infancia en un

escenario extinto, donde un grupo de amigos trata salvar el trabajo de sus padres: el taller de Angel, amenazado por la importación; y el colectivo de Lalo, absorbido por la empresa para la que trabaja. "Este texto busca y encuentra el momento en el cual se definió mi moral de manera definitiva, hablo de lo que está bien y de lo que está mal para mí", señala el autor de *El origen de la tristeza*.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 29 DE OCTUBRE DE 2015

Las tras cubanas



→ VICENTE BAXISTA

Desde 1994, Jorge Fomet dirige el Centro de Investigaciones Literarias de Casa de las Américas y actualmente co-dirige, junto a Roberto Fernández Retamar, la revista *Casa de las Américas*, se puede decir con certeza que cuando habla de literatura sabe muy bien de lo que está hablando.

En 2006 publicó *Los nuevos paradigmas, privilegio narrativo al siglo XXI*, con el que obtuvo el Premio de la Crítica y el Premio Alejo Carpentier de Ensayo. El libro examina la escritura latinoamericana de este siglo que recién comienza, el capítulo dos se centra en Cuba, con un título sugerente: "La narrativa cubana llegó tarde al desencanto". Según Fomet, el desencanto es un tema tan antiguo como la propia literatura, su origen podría remontarse a *Las troyanas*, de Eurípides, y aunque Lukács "acepta que el naufragio de las ilusiones llegó a la novela moderna con el *Quijote*, cree que fue Balzac quien, con un título que es en sí mismo una declaración de principios, *Ilusiones perdidas*, creó un nuevo tipo de novela que ejerció una influencia decisiva sobre la evolución literaria de todo el siglo XIX: la novela de la desilusión". "Las Ilusiones Perdidas" pertenece al apartado "Escenas de la vida provinciana" de *La Comedia Humana* y narra un fracaso personal, el del joven poeta Lucien Chardon despreciado en los salones de París. La desilusión también puede ser colectiva; por ejemplo una revolución que no consigue sus objetivos. "La América Latina, desde el Barroco hasta el tema de la revolución frustrada tuvo excepcional repercusión en México, donde se generó una novelística que, en amplísima gama



ANA PAULA MAIA. DE GANADOS Y DE HOMBRES HABLEA MÁS DEL MUNDO DE LOS HUMANOS QUE DEL DE LOS ANIMALES.

cronológica, literaria e ideológica que va de *Los de abajo* (1915), de Mariano Azuela, a *La Muerte de Artemio Cruz* (1962), de Carlos Fuentes, acusa a la revolución de haber secuestrado o corrompido los principios por los que había luchado". Otros títulos emblemáticos como *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Paramo* (1955), de Juan Rulfo, y *La muerte tiene permiso* (1955), de Edmundo Luján, pueden inscribirse cómodamente en esa corriente.

La Revolución Cubana ha superado el medio siglo de vida y lejo está de ser una revolución frustrada. Desde el llamado "Período Especial", cuando como consecuencia del derrumbe de la Ursa dejó de recibir ayuda soviética, y soportó, y continúa soportando, el bloqueo total impuesto por Estados Unidos de América, con el aval de los diez

presidentes (Kennedy, Johnson, Nixon, Ford, Carter, Reagan, Bush, padre e hijo, Clinton y Obama) que gobernaron durante ese período. En el caso cubano David nuevamente venció a Goliath, un triunfo que debería borrar el mínimo atisbo de desencanto, sin embargo, no es así.

El crítico Roberto González Echeverría señaló: "El único país del hemisferio que experimenta una revolución política de gran alcance, es el que produce una literatura que, desde cualquier perspectiva comúnmente aceptada, se aleja de lo que se considera literatura revolucionaria". Habría que preguntarse qué entiende González Echeverría por literatura revolucionaria (No son revolucionarias novelas ba-

rricas como *Pirralón*, de José Lezama Lima, publicadas en 1966, *De donde son los cantantes*, de Severo Sarduy, y *Tres tristes tigres*, de Guillermo Cabrera Infante, ambas publicadas en 1967? Obsérvense las fechas: fueron editadas en pleno período. El propio Carpentier publicó *El siglo de los lucos* en 1962, *Concierto barroco* y *El retorno del método* en 1974, *La consagración de la primavera*, en 1978 y *El arpa y la sombra*, en 1979. ¿Tampoco estas novelas son revolucionarias? A esos títulos se unen los producidos por autores como Jaime Sarusky, Pablo Armando Fernández, Lisbeth Obeto, Estanislao González, Miguel Abert, Francisco López Saba, Abel Prieto, Pedro Juan Gutiérrez y Leonardo Padura. Y a estos nombres se unen los de sus sucesores: Alejandro Abarec, Edel Morales, Amir Valle, Marilyn Bobes, Angel Santieste-

lani, Alberto Guerra Naranjo, Laís Fernández de Juan, Alexis Díaz-Pimienta. "Son los narradores de esta generación —advierte Fomet— los que más me interesan en las páginas que siguen; o mejor, ellos y el efecto que su aparición provocó también entre sus predecesores. Añado que nacidos a la literatura en una coyuntura singular, estos jóvenes también son, desde cierta perspectiva, viejos, al menos en el sentido sartriano: sobrevivientes de una época. Aunque sean los primeros narradores del siglo XXI, ya han sido testigos de una transición —la que sobrevino a la Cuba de los noventa— y les corresponderá vivir cambios que hoy resultan imprevisibles".

Entre estos narradores se encuentra Marcial Gala. Nació en 1963, es decir, se crió y educó bajo el gobierno revolucionario. Ha publicado más de cinco libros, uno de ellos acaba de editarse en nuestro país. *La catóvil de los negros* (Editorial Corregidor), se le llama, y obtuvo el Premio Alejo Carpentier de Novela 2012. Es, me apresuro a decirlo, una novela excepcional. La historia, deslumbrante y desgarradora, se desarrolla en Cienfuegos, una ciudad situada a unos 45 kilómetros de La Habana, conocida como La Perla del Sur, aunque lo que Gala narra lejos está de ser una perla, en todo caso es una perla negra, cincelada con espanto y desilusión. El resultado es una novela en donde todo es posible y todo, por más pavoroso que parezca, resulta verosímil: desde crímenes que se repiten sin descanso hasta temibles episodios de antropofagia. Marcial Gala lo hace posible, y lo hace del único modo que se puede hacer en literatura: mediante una escritura excepcional, envolvente, propuesta por el mundo de la novela, que traza una singular telaña, capaz de llevar al lector hacia el final que migrañicamente se torna natural y posible.

Escucha la *canCIÓN del viento y Pinball* (1973), las dos primeras novelas que el japonés Haruki Murakami escribió a los 30 años, de un tirón, y que él mismo titló de "inmaduras", fueron traducidas por primera vez al español. Ambas "nouvelles" —novelas breves—, fueron editadas este mes en Argentina por Tusquets, y permiten adivinar, los comienzos, las ideas primigenias, que darían

forma luego al gran escritor que cada año candidatea al Nobel de Literatura. Es un placer leer a Murakami (1949), aun al más inexperto, en su opera prima, *Escucha la canCIÓN del viento* (1979), la vida de un discolor escritor, que durante unas vacaciones pierde el tiempo junto a un amigo llamado "el Rata" y una misteriosa chica a la que le falta el dedo meñique de su mano izquierda.



Lo breve, lo leve y lo extraño



→ JAVIER CHABRANDO

Nada más interesante que las novelas que despiertan numerosos ecos. Nada peor que las que se leen de una única e inapelable forma. *La habitación del Presidente*, de Ricardo Romero, es de las primeras. Su lectura nos sumerge en un estado de extrañeza y nos remite a mitologías variadas. Por un lado a las construidas a través de las lecturas: Cortázar, Kafka, Expósito, Levrero, Calvino, donde cada lector apelará a las resonancias de los textos leídos, bien, mal, hoy, hace siglos. Luego están las otras, las de la memoria, que seguramente remiten a la infancia o a un pasado lejano, que se vislumbra—por suerte—sin demasiada precisión, porque la precisión de la realidad puede ablandar la dulzura del sueño, del recuerdo, del mito, de la fantasía.

En ese pasado hay casas con una habitación reservada al abuelo que vivía lejos. O al dueño de la casa, si los que la habitaban eran caseros o empleados. O la habitación que se alquilaba a un viajante. O al médico que giraba por los campos. Y por qué no al cuco, al que hay que reservar una habitación por si llega de visita, de la misma forma que se deja agua y pasto para los camellos, o se tiene un altar del Gauchito Gil. O simplemente ese espacio mágico es nuestra mirada distorsionada sobre la casa de los primos que visitábamos en verano, donde los trinchones bailables para sus habitantes eran misteriosos para sus visitas.

En el mundo que Romero construye en esta novela hay un barrio donde las casas tienen una habitación reservada al Presidente. O al médico que giraba por los campos. Y por qué no al cuco, al que hay que reservar una habitación por si llega de visita, de la misma forma que se deja agua y pasto para los camellos, o se tiene un altar del Gauchito Gil. O simplemente ese espacio mágico es nuestra mirada distorsionada sobre la casa de los primos que visitábamos en verano, donde los trinchones bailables para sus habitantes eran misteriosos para sus visitas.



RICARDO ROMERO. LA HABITACIÓN DEL PRESIDENTE. ES DE LAS NOVELAS QUE DESPIERTAN NUMEROSOS ECOS

tación reservada al Presidente. Está al frente de la casa, desde la ventana se ve el jardín que tiene un laurel donde los hermanos se pueden subir y ver mejor la habitación misteriosa. Esta familia nunca ha recibido la visita del Presidente, pero el presidente puede llegar en cualquier momento, como le sucedió a un compañero de la escuela cuya aura creció de tal forma hasta volverse una curiosidad. Ya no tiene nombre. O no importa su nombre. Ahora es el chico que vive en la casa que alguna vez visitó el presidente.

La novela, breve, muy breve, se mueve en un mundo entre real y fantástico. Entre la vida y el sueño. Entre la verdad y la mentira. En habitación del presidente que existe. Así como nos cuenta cosas que tal vez no existan: la fiere de los hermanos, sus sospe-

chosas y fugaces desapariciones, las actitudes de los padres. ¿Son verdades o son otros cuentos del cuco que el chico se repite hasta creerlo y buscando que nosotros lo creamos también? Cuando una novela está contada en primera persona siempre cabe la posibilidad de que ese narrador nos esté mintiendo, llevando por caminos equivocados, el que él desea que transmitamos. También existe la posibilidad de que el narrador esté loco o enfermo. A veces ese misterio se revela (como en *Desesperación* de Nabokov, otra resonancia). Otras veces no. Entonces el misterio sobrevive al cerrar el libro. Y sobrevive por siempre.

Decía que el protagonista se sube a un enorme laurel y desde allí vigila la habitación. Desde allí se ve al presidente. Y algo de esto, si lo llevó a la habitación su abuelo, o su padre. Mientras observa, se imagina observado. Romero asegura que la idea del libro se le ocurrió sabiendo del cine. Pero no recuerda qué película fue ese día. Esa es toda la ayuda que

da para que los lectores descansen en certezas. También está el epígrafe de Millhauer: "Por decirlo de otra manera, ¿es posible que ese secreto está expuesto ante nosotros, que ya sabemos qué es?" Así de simple, posiblemente los misterios están frente a nuestros ojos y ya no tenemos que seguir hurgando porque sabemos todo de ellos, origen, destino, significados. Y no nos queda otra que crearlos desde la ficción, la mentira, la fantasía. O también, por qué no, si no los vemos es porque no nos subimos al laurel.

A pesar de eso, el chico de la novela, el que cuenta la realidad o su fantasía, sigue fantaseando con que el Presidente llegue un día a su casa. Y sucede. El Presidente entra a la habitación cuando su propio hijo se levanta. Y algo de esto, si lo llevó a la habitación su abuelo, o su padre. Mientras observa, se imagina observado. Romero asegura que la idea del libro se le ocurrió sabiendo del cine. Pero no recuerda qué película fue ese día. Esa es toda la ayuda que

ojos, el Presidente no da señales de ver al chico. La visita del presidente termina, como terminan todas las cosas. El chico creció. El misterio ya no tiene el mismo sentido. "La casa es la misma. Nada ha cambiado desde que vino el Presidente. Es decir, la casa cambia como cambia siempre, al borde de nuestra percepción. Su misterio nunca es lo suficientemente importante, llamativo, como para que nos sintamos amenazados".

El final es una forma de develar el misterio o la fantasía, aunque no se revele nada. Entonces el final es la no revelación del misterio, casi tanto o más importante que develarlo. El narrador nos ha llevado hasta donde quiso y allí nos ha dejado. ¿Qué le ha ocurrido a él luego de la visita del Presidente? "A veces me preguntaba nada pero igual dudaba. En esas ocasiones salgo al jardín y vuelvo a espiar la habitación por la ventana o el laurel. En esos días, cuando salgo del baño que está debajo de la escalera y paso junto a ella, me imagino volviendo a mi cuarto, a nuestro cuarto, que ahora es sólo de mi hermano mayor, y suspiro, respiro con fuerza, olfateo el aire de la casa. Pero eso es solo a veces, y son experiencias que no dejan huella en mí".

¿Está, no está, se fusionó con la casa, con su fantasía y abandonó el mundo real, se transformó en otra cosa? No lo sabemos. Pero como dice el mismo: "son experiencias que no dejan huella en mí". También se pregunta: "¿Algo me pasó?". Quizá se transformó en un chico o la Kafka y se fue volando por la ventana. O habita, como en *La otra mesa* de Gustavo Nielsen o en *Body Art* de Don DeLillo, una realidad simultánea. O sencillamente ese chico podría no haber existido. O haber existido y estar allí como un fantasma que juega a ser un personaje que vive con nosotros después. Y siguen las resonancias. A cada lector las suyas.

Ricardo Romero es licenciado en Letras Modernas, editor de Gárgola y de Negro Absoluto. Es autor de la novela *Historia de Roque Rey*, entre otras.

Ciudades del futuro, un campeón de ajedrez, mafias, detectives y un estafador al que sólo se lo reconoce por la voz son parte de *Bien de frontera*, la nueva novela de Oliverio Coelho. Gustavo Nietto, Alvaro Lara, Gastón Huertas, "El hombre de los mil nombres" al que cada vida Coelho desarrolla todo poco, tiene sólo principios y finales sin transitar la meseta de la madurez, su permanencia está en el acto de

estafar y en recordar a una hija que indefectiblemente abandona. Sauri, nombre que el protagonista hereda del padre y al que renuncia para encarnar la fortuna del ancestro, es sólo nacimiento y extinción. Un sujeto cansado, metódico y de discreción mesiánica que llegado a los 70 años busca reconectar con su sangre y, como antihéroe que es, lo hará con convicciones extrañas.



CONTRATAPA

→ LEONARDO HÜBNER

Esteban Prado: Ana, la niña austral

Ana, la niña austral, de Esteban Prado, letra Sudaca Ediciones, 2015, es una de esas novelas a las que ponerle un señalador o doblarle una esquina para interrumpir la lectura genera culpa.

Porque el libro de Prado no tiene fisuras (o sí las tiene; en la ilustración que abre la historia: una foto de Marilyn pegada en la pared traspadada por grias de humedad), baches de transición ni hilachas sueltas. *Ana, la niña austral* es una novela rotunda e inquietante, una de esas novelas que esconden una sorpresa, a veces grata, a veces atroz a cada vuelta de página.

El autor

Esteban Prado (Mar del Plata, 1985): Estudió Letras en la Universidad Nacional de Mar del Plata, donde se desempeña como docente en el área de Teoría y Crítica Literarias.

Sus textos han sido publicados en revistas de Argentina, Brasil, Colombia, Estados Unidos y España. El relato "Técnicas de nado para no hundirse en mar argentino" fue incluido en la *Antología de Nuevos Narradores* del Instituto Ricardo Rojas-UBA (2012). Con *Libertella*, su *manifiesto de lecto-escritura* obtuvo el segundo premio en la categoría "ensayo" del Fondo Nacional de las Artes (2012).

Es codirector de Puente Aéreo Ediciones junto a Esteban Quires, junto a Poppy Bras Harrold y Lucio Ferrante, llevan adelante la productora de cine Hamaca Films. En 2012 ganó el primer premio del *1er Festival del Cine* de Punta Alta, con el cortometraje *Lara and the dead doll*.

Colaboró como guionista en *Parabellum* (Rotterdam, 2015) de Lukas Valenta Rinner, largometraje con el que obtuvieron el Premio Especial del Jurado en el *J*

onju Film Festival de Corea.

En 2013, fue becado por la Fundación Carolina para asistir a un taller de escritura creativa en Madrid. Fue en esa instancia que comenzó a escribir *Ana, la niña austral*.

Ana, la niña austral

Nuestras siempre fuimos ramitas pero no sé cuánto tiempo va a seguir así. Las "niñas australes", así no llaman todas, excepto nuestras madres que nos dicen "niñas australes". Los barcos vienen desde no sé sabe dónde y nosotros acá, esperando, vienen de tan lejos que llegan exhaustos.

Quién quiera encasillar esta novela en un género se va a encontrar con un problema irresoluble. Una de las mayores virtudes de la narrativa de Esteban Prado es ir variando el registro sin que el lector note el cambio. Pasa del costumbrismo erótico a la fantasía mitológi-

ca y de allí a la ficción científica con suavidad, engañosamente.

La novela tiene diferentes caras (por eso es que nunca aburre), al igual que las diferentes caras que tiene su protagonista.

Ana, la niña sin alma, la que al dormir no respira, la del aliento helado, la prometida por su madre a Joachim (ese dios hiperbólico vengativo quien viene a buscarla desde la eternidad), la de la misión secreta, la que un día se irá.

No es un cyborg, tampoco es un clon ni ninguna otra bestia de laboratorio, mucho menos algo divino. *Ana es Ana, la mira de frente o del revés.*

Eso es lo que dice Matías, el narrador, pareja de Ana, su observador y su testigo. Matías entra en esta historia, en la de la niña austral, y es pieza clave en la enrevesada trama que la llevará a cumplir su misión de niña austral, trama cruzada por rutas, ciudades, violencia, ritos ancestrales, conspiraciones corporativas, amenaza de cataclismo y sexo. El derrotero de Matías y Ana podría marcarse en un mapa con gotas de sangre, sangre propia y de sus víctimas, y de las víctimas de sus víctimas. Nada detiene a Ana, ni su nada detiene la fascinación de Matías por aquella mujer que lo arrastra a cumplir su tarea, que no está dictada por el destino, sino que fue pergeñada y trazada muy atrás en el tiempo.

Prado hace de Matías el narrador perfecto. Las diferentes etapas del plan prees-

tablecido, las continuas mutaciones de Ana, todo aquello fuera de lo común que lo rodea, pasar por sus ojos sabiendo que está viviendo momentos únicos, y que necesita retener esos momentos para en el futuro no perderlos. Esa condición le de status de observador, aunque esté implicado en todas las acciones y tenga, literalmente, las manos manchadas con sangre.

Si habría que resumir esta novela, lo mejor sería hacerlo utilizando palabras de Ana: éxtasis y terror.

Para finalizar, el comienzo:

Una espera el día con los ojos bien abiertos, quisiera ver las llamas mientras dueren y tener también ver los barcos cuando lleguen. A un lado, el Atlántico y al otro, la Pampa. Sabes, siempre lo digo, que es una niña austral. Su madre le decía: "Ana, la niña austral". Desde los días, cuando el viento y la sal le cortaban los labios, yo tenía la imagen en su retina: la casa, el fuego, la lluvia.

Una postal del futuro, traté de definir pero a ella le pareció rimbombante.

Cuando se acostaba en la arena, la casa todavía arde. El frío nunca le ha calado los brazos pero esta noche un pulso le recorrió cada vena. Quisiera estar ahí pero eligió irse en silencio antes que una tierra y triste despedida. Creo que en algún punto le dio miedo quedarse. Se fue para irse. Si que a donde va no puedo ir pero al menos quisiera mover un pañuelo desde la cota y verla desaparecer. De alguna forma estaré ahí, no necesito el calor de hacerme nada.

Durante unas cuantas semanas y con el calor de la noche me da el éxtasis y terror, me fue regalando cientos de postales. Nunca me el orden pero me queda una vida para mirar y mirar. Un día habrá olvidado su nombre y las postales serán estampas de la "niña austral" o de la "niña austral", así como lo sé.



ESTEBAN PRADO. HACE DE MATÍAS EL NARRADOR PERFECTO.

ANA, LA NIÑA AUSTRAL